



## Crítica de Teatro

# “Extasis” (o “La Senda de la Santidad”)

Previo a una selección para participar en el Festival de Dramaturos de Veroli, “Extasis”, de Ramón Griffiero, se estrenó en marzo de este año en una iglesia del antiguo pueblo italiano, espacio y contexto más que teatrales para acompañar el estilo y el tema de esta última creación de Griffiero, dirigida por él mismo.

Volvemos a encontrar en “Extasis” una concepción propia de la escena que este dramaturgo y director chileno logró a través de una configuración de elementos tomados del teatro y del cine. Sus orígenes se remontan a un viejo gimnasio que proporcionó no sólo el lugar, sino también parte importante de la inspiración artística del grupo “El Trolley” (1984), dirigido por Griffiero, con resultados como “Historia de un galpón abandonado”, “Cinema Utopía”, y varias producciones que marcaron el sello de su director-autor.

El gran desafío de Griffiero ha sido desplazar las técnicas narrativas convencionales del teatro, acercándose ingeniosamente al filme. De esta forma, privilegia el elemento visual, la composición de planos, la simultaneidad de escenas, los cuadros y otras prácticas del séptimo arte, que una vez utilizadas en el teatro adquieren una dimensión original y de sumo atractivas.

En tal sentido, en “Extasis” los resultados obtenidos son apreciables a primera vista. El escenario está dividido en dos planos de altu-

ra, y en cinco recuadros, que van alternando a los personajes y sus diferentes mundos en un paisaje totalmente despojado de adornos, para dar paso exclusivo a los actores. La intriga se puede llegar a entender en la medida que el espectador logra saltar de una imagen a otra con la rapidez de una cámara filmadora, y con la ayuda de una iluminación que marca con gran potencia cada instante y una música igualmente presente (Andreas Bodenhofer).

“Extasis” se centra en el personaje Andrés, buscador de la santidad, ser que se confunde en las tinieblas del mundo contemporáneo, entremezclando el placer, el dolor, la fantasía delirante, las obsesiones sexuales, los ideales, los vicios y las virtudes, en una secuencia desbordada de imágenes e imaginaria religiosa, ambientes urbanos, bajos fondos, voyerismo, misogenia, sadomasoquismo, homosexualidad; en fin, un caudal psicológico interminable.

El trabajo protagónico de Claudio Rodríguez se mantiene en un ritmo delirante, que el actor consigue enfocar y transmitir con vitalidad interpretativa, pese a los problemas de voz en los discursos largos. Verónica García Huidobro realiza un excelente personaje (la empleada), proyectado en varias direcciones, todas acertadas en esa mezcla de ingenuidad y patetismo, junto a Margarita Barón, que desempeña el rol de la abuela con atractivos recursos.

Una vez asimilada y valorada en sus aspectos escénicos, una de las asociaciones más inmediatas que “Extasis” produce en el espectador es la de recordar “Confesiones de una máscara” (1949), de Yukio Mishima. Es como si Griffiero —a su manera— interpretara todo aquel material psicológico denso y perturbador; todo el “narcisismo exhibicionista” que el autor japonés expresa y desarrolla exhaustivamente en su novela.

Esta referencia es manifiesta en “Extasis” por la fuerte tensión de la carne y el espíritu, expresada en crudas imágenes, detalladas y procesadas; la influencia y figura de la abuela y, por sobre todo, la elaboración obsesiva del tema del martirio. En uno de los pasajes más relevantes de la novela de Mishima, el protagonista (relato en primera persona) describe detalladamente el cuadro del renacentista Guido Reni, “San Sebastián”, y sus impulsos frente a tal pintura. También fue conocida una fotografía del propio Mishima posando como San Sebastián.

Los cuadros que inspiran “Extasis” no caben en la clasificación de gustar o no; más bien, remecan zonas subterráneas, provocando reacciones contradictorias e inexplicables. Es de esas obras que responden a un universo barroco y atormentado, que pugna por revelarse ante todos.

Carola Oyarzún L.